

MIS PÁGINAS MEJORES

JULIO CAMBA

MIS PÁGINAS MEJORES

ANTOLOGÍA ESENCIAL

PÁGINA INDÓMITA

© herederos de Julio Camba,
a quienes la editorial reconoce la titularidad
de los derechos de reproducción y su derecho a percibir
las retribuciones que pudieran corresponderles
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U., 2025
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: diciembre de 2025

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-990995-0-8
Depósito legal: C-1502-2025

ÍNDICE

Nota a la presente edición	13
PRÓLOGO DEL AUTOR. SENTIDO DE ESTA ANTOLOGÍA	15
EN EL PUEBLO NATAL	17
Los curas de aldea	17
La diligencia	19
La escuela rural	22
UNA OJEADA AL MUNDO	25
Ingleses	26
Cómo comen los ingleses	26
La bonita y la fea	28
Cuando se acabe el carbón	30
El discurso de Orbaneja	31
La acción de los poetas: El virus corrosivo	33
Sueño de una noche de verano	35
El sol en Londres	37
El <i>pudding</i> de las Navidades	39
La indiferencia inglesa	40
Toque de corneta	41

Franceses	43
Sobre la cama	43
El arte de la cocina	44
Escuelas de españolismo	46
El bulevar	48
Alemanes	50
El doctor Faltz	50
Yo no soy alemán	52
En la casa de <i>Frau</i> Grube	53
Las ciudades españolas	54
Los <i>senores</i> extranjeros	56
El país de la cerveza	57
El clima de Múnich	59
La levita de <i>Herr Direktor</i>	60
La calvicie alemana	61
El pueblo alemán	62
Suizos	64
En Suiza no hay suizos	64
El inteligente en Mont Blanc	66
El turista inglés	67
El turista alemán	70
El turista yanqui	71
El turista francés	72
Yanquis	74
La ciudad teoría	74
El anhelo artístico	75
Cantidad	77
Toda América, Montecarlo	79
Los Estados Engomados	81
El <i>self-made man</i>	82
Psicología de las catástrofes	84
El periodismo americano	86
Una peluquería americana	89
¡Fuego!	91
La democracia en el <i>restaurant</i>	93

ESPAÑA REENCONTRADA	95
Psicología crematística	96
El tiempo y el espacio	98
La juerga heroica	100
Literatura patológica	101
Los políticos	102
El acento	104
Grandes hombres	105
El camino de Santiago	107
AÑOS DESPUÉS	109
De Alemania	109
La sangre y la bencina	109
¡Viva la desorganización!	111
Puig y Pagès, propietario de un volcán	113
<i>Herr Müller</i>	114
La grasa, producto del pensamiento alemán	117
De Inglaterra	118
El alcohol moralmente considerado	118
La eterna infancia	119
La odiosa inteligencia	120
Del loro y la langosta	121
Italianos	122
La democracia milanesa	122
<i>Lingua italiana</i>	123
La levadura de Nápoles	125
Filosofía napolitana del robo al turista	127
Nápoles y Pompeya	129
Florenia y los florentinos	130
Portugueses	132
Las filosofías del Tajo	132
<i>Abre a boquinha</i>	133

Coimbra	135
Buarcos	136
De los Estados Unidos	138
Antropología intensiva	138
Más negros	140
Judíos	141
Un hotel	143
Madrid y el ácido úrico	145
Los rascacielos en la ciudad baja	147
El <i>Chrysler building</i>	149
Trajes en serie	151
Humor en serie	153
Crímenes en serie	155
Narices en serie	156
LA REPÚBLICA	159
El tren de Villagarcía	159
El Estado, central hidroeléctrica	162
El individualismo estatal	164
Papus y la revolución social	166
El café y la revolución	168
El divorcio	170
La libertad de cultos	172
La secularización de los cementerios	174
UN POCO DE GASTRONOMÍA	177
La cocina inglesa	177
El buey	180
La sardina	183
La gula hipocrática	186

PEQUEÑOS ENSAYOS	189
I (1919-1927)	189
Sobre el <i>pensaor</i>	189
Sobre los desafíos	190
Sobre las pompas fúnebres	192
Sobre los mausoleos	193
Sobre la Justicia	194
Sobre el arte rupestre	196
Sobre el sabotaje periodístico	197
Sobre la pereza	199
Sobre los verdugos	200
Sobre Terpsícore y Polimnia	201
Sobre las <i>des</i> parasitarias	203
Sobre la fe y la Medicina	204
Sobre las casas de Banca	205
II (1935-1944)	206
Las barbas en el siglo XII	206
Gotosos y bronconeumónicos	208
Los guantes de Tutankamón	209
La bohemia	211
Mi amigo García	212
ÚLTIMOS ARTÍCULOS	215
Un cumpleaños	215
El adjetivo	217
Gimnasia de lata	219

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Presentamos en este volumen el testamento literario de Julio Camba, la antología que él mismo seleccionó, comentó y prologó poco antes de su fallecimiento, en la que nos ofrece su original e irónica perspectiva del mundo que le tocó vivir.

El libro fue publicado originalmente en 1956 en la colección «Biblioteca Románica Hispánica», que Dámaso Alonso dirigía para la editorial Gredos, y en el prólogo Camba explica que, dada su amplia producción periodística, a la hora de hacer la selección de los textos se recurrió a las diversas antologías suyas ya publicadas previamente.

Debemos señalar aquí que, dado que esas antologías empleadas vieron la luz casi todas entre 1916 y el verano de 1934, la obra omite deliberadamente, en primer lugar, los textos de juventud anarquista y, en segundo, los de carácter más político escritos tras la Revolución de Asturias y durante la Guerra Civil. En cualquier caso, el volumen se centra claramente en las décadas de esplendor literario de Camba. El lector encontrará aquí los escritos del autor sobre su Galicia natal, sus experiencias como corresponsal y viajero antes y después de la Primera Guerra Mundial en Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Suiza, Italia y Portugal, sus reencuentros con la España monárquica y después con la republicana, su pasión por la gastronomía y sus lúcidas reflexiones «sobre casi todo».

En esta edición hemos introducido ciertos cambios en el orden de los textos con respecto a la edición original y al resto de las publicadas hasta la fecha, con el objetivo de con-

ferir a la obra una mayor coherencia cronológica — en la medida en que ello es posible.

Así, el capítulo segundo, «Una ojeada al mundo», dedicado a las experiencias del autor en el extranjero antes de la Primera Guerra Mundial, conserva los subcapítulos originales «Ingleses», «Franceses», «Alemanes», «Suizos» y «Yanquis»; pero, en este último caso, solo con las crónicas de ese periodo, esto es, con las publicadas antes de la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

Viene a continuación el capítulo «España reencontrada», sobre el retorno de Camba al país, con textos publicados entre 1917 y 1919; es decir, se ubica este capítulo donde le corresponde.

Le sigue «Años después», sobre las nuevas experiencias del autor en el extranjero, en el periodo 1920-1931, e incluimos aquí, en el debido orden cronológico, los subcapítulos «De Alemania» y «De Inglaterra» (hasta ahora publicados en el orden inverso), «Italianos» y «Portugueses» (que se incluían en la primera «ojeada al mundo») y el nuevo subcapítulo «De los Estados Unidos» — con los textos que hasta ahora se mezclaban con los de esa primera «ojeada al mundo».

A continuación, enlazando con esa última experiencia estadounidense, viene el capítulo «La República», con lo cual hasta aquí la obra mantiene el mencionado orden cronológico, y dejamos para el final el cajón de sastre, el material misceláneo compuesto por los capítulos «Un poco de gastronomía», «Pequeños ensayos» (que hemos dividido en dos periodos, para contextualizar con mayor claridad los textos) y «Últimos artículos».

Las notas al pie, salvo allí donde se indica lo contrario, corresponden a la presente edición.

PRÓLOGO DEL AUTOR: SENTIDO DE ESTA ANTOLOGÍA

No creo que sea tarea demasiado difícil para un escritor esta de seleccionar sus mejores páginas. En último término se seleccionan las peores y se descartan, se hace una segunda selección, que es descartada a su vez, y se continúa así hasta que, descartado ya todo lo descartable, no le queden a uno en la mano más páginas que las estrictamente necesarias para formar un volumen. Entonces se cogen estas páginas, se ordenan y se le presentan al público diciéndole:

—He aquí mis páginas mejores. Las otras son también bastante buenas, no se vayan ustedes a creer. Tienen forzosamente que ser buenas porque lo mejor sólo puede salir de lo bueno, pero éstas les dan ciento y raya a todas las demás, y yo me apresuro a ofrecérselas a ustedes ahora en este tomo para solaz y edificación de su espíritu.

Evidentemente, cualquier escritor puede, con relativa facilidad, seleccionar lo mejor, lo menos malo o lo más logrado de toda su obra y, aunque esto es, precisamente, lo único que se solicita de mí, yo quisiera ir algo más lejos. Sí, señores. Yo quisiera que estas páginas mías tuvieran entre sí una cierta correlación orgánica, que se apoyasen las unas en las otras, que las de tal o cual época quedasen explicadas y justificadas por las de épocas anteriores, y que, en conjunto, le diesen todas ellas al lector una idea exacta de cómo ha ido formándose, a través del tiempo y sus vicisitudes, la mentalidad y el estilo con que hoy anda uno por el mundo.

Esto es lo que yo quisiera, y, a fin de conseguirlo, comienzo mi antología con unos artículos que allá por el año

1908 o 1909, escribí desde mi Galicia natal antes de que el contacto con pueblos extraños hubiese podido influirme ni poco ni mucho. Luego viene la serie que título «Una ojeada al mundo» —Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, etcétera— y, después, hay una gran cantidad de pequeños ensayos sobre la vida española para la que tengo ya un término de comparación que, a veces, la deja muy bien parada y, a veces, la hace quedar bastante mal. Así, y no ateniéndome tan sólo a los valores exclusivamente literarios de mi obra —mi modesta obra, si quieren ustedes—, he ido ordenando yo esta antología, que completo al final con unos trabajos de los dos o tres años últimos, todavía no recogidos en volumen, y, una vez que la he ordenado, me parece que he perdido el tiempo, porque quizá todo eso de cómo uno se ha formado, o de cómo ha dejado de formarse, no tenga el menor interés para nadie, pero ¿qué más da? Y, después de todo, ¿para qué estamos aquí más que para perder el tiempo? Hay quien pierde el suyo haciendo solitarios con la baraja, y ¿por qué no he de poder yo perder el mío haciendo uno con mis artículos?

EN EL PUEBLO NATAL

No diré yo que los artículos de este grupo, escritos allá por el 1908 o el 1909, sean, precisamente, mis primeros artículos, pero, desde luego, son los más antiguos que puedan encontrarse con mi firma en libros o colecciones de periódicos. Tampoco diré que, cuando los escribí, no hubiera salido yo todavía ninguna vez de mi ámbito familiar, porque no creo haberlos escrito antes de los dieciocho años y, según cuentan los autores de El concepto contemporáneo de España —magnífica obra editada por el Hispanic Institute in the United States—, a los trece ya me había ido a Buenos Aires oculto en la bodega de un barco, pero ¿qué persona de mi pueblo no se iba por aquel entonces a Buenos Aires oculta en la bodega de un barco cuando cumplía los trece años?¹ Buenos Aires era en aquellos tiempos para nosotros un paseo tan habitual como el de las Sinas o el del Montañón. La gran ciudad formaba, por decirlo así, parte de nuestras afueras, y aquella escapada mía no puede interpretarse, en modo alguno, como una toma de contacto con el extranjero.

Los curas de aldea²

Tenía yo diez o doce años cuando un señor piadoso pretendió convencer a mis padres de que me enviasen a un Seminario y

1. El autor ironiza aquí sobre un dato biográfico erróneo: en realidad, viajó a Argentina como polizón cuando tenía unos 16 años, no 13.

2. Los textos a continuación se publicaron en el periódico *El Mundo*

me hiciesen cura. Yo había comenzado entonces a fumar y estaba ensayándome en echar el humo por las narices. El acto de echar humo por las narices era para mí el signo más fuerte de la virilidad, y yo lo ejecutaba solemnemente delante de mi novia, la cual ya vestía de largo. En aquella época faltaba yo frecuentemente a la escuela y a la misa. La misa me indignaba más todavía que la escuela, y en el atrio de la iglesia solía yo hacer gala de un escepticismo volteriano que era el terror de mi novia. ¡Tener novia, echar humo por las narices y estar en el secreto de las cosas de iglesia!... Sólo me faltaba una capa y un poco de bigote para ser un don Juan ateo, seductor y cruel, como el de una compañía ambulante de fantoches que había estado recientemente en el pueblo.

Cuando mis padres me propusieron que me fuera a Santiago para ingresar en el Seminario, yo introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón —el primer pantalón largo que usé— y sonreí con una sonrisa sardónica, adjetivo para las sonrisas que yo había encontrado en un folletín del señor Tárrago y Mateos,³ y que usaba en todas las circunstancias un poco importantes.

—Mis ideas —dije con una gran prosopopeya, en contestación a mis padres— no me permiten ser cura.

Hasta ahora a nadie se le había ocurrido preguntarme por qué no soy cura; pero esto no importa, y yo tengo interés en dejarlo explicado aquí. No soy cura, y lo siento, porque yo estaría muy a gusto en uno de estos curatos campesinos, donde las gentes nacen, viven y mueren bajo el santo temor de Dios. No hay palacio comparable a estas rectorales de las aldeas de Galicia rodeadas de viña, de jardín y de huerto, y amuebladas con muebles de roble antiguo y de cuero mate. En ellas la vida es amable, sensual y glotona, como en los versos del Arcipreste; las gallinas ponen para el cura sus más grandes y sabrosos huevos; la ubre de las vacas y de las cabras, exprimida por las manos virginales de las zagalas, da para el

entre 1908 y 1909, y fueron incluidos posteriormente en la antología *Playas, ciudades y montañas* (1916).

3. Torcuato Tárrago y Mateos (1822-1889), militar, músico, periodista y escritor español, autor de varias decenas de novelas y folletines.

cura su leche más blanca, espumosa y nutritiva; los árboles reservan para el cura la más opima y succulenta madurez de sus frutas. ¡Y qué vino este vino hecho especialmente para el cura, con uvas que se escogen una a una!...

La rectoral suele estar adosada a la iglesia. En los días de romería, el baile se celebra en el atrio, al son de una gaita y un tamboril o de una banda municipal, que es cosa más fina. La función profana se combina con la función religiosa, y el cura dirige las dos. Por la noche es también en el atrio donde — en la mayor parte de las aldeas — se queman los fuegos de artificio y se lanzan los globos de fulminante.

Si yo fuese cura, ¡qué buen cura sería! Tendría muy bien encuadrados, y en un estante de encina o de nogal, a mi Horacio y a mi Virgilio, que leería sabia y lentamente, en un latín de mayúsculas góticas impresas en tinta encarnada. Bendeciría todos los frutos; absolvería todos los pecados, y a mis buenas feligresas les haría confiar constantemente en la infinita misericordia de Dios. Me haría querer de todo el mundo, aun de los suscriptores de *Las Dominicales*⁴ que pudiese haber en el contorno, y los chicos irían a la rectoral a llevarme regalos, que yo disfrutaría después de ofrendárselos al Señor, y las muchachas besarían mi diestra, dispuesta siempre a bendecirlas.

¿Por qué no he querido ser cura? ¿Qué demonio mal informado me visitó en un sueño intranquilo para aconsejarme que no lo fuese? Todavía hace poco que una buena mujer, aludiendo a los azares de mi vida de periodista, me ha dicho:

— ¡Cuánto mejor estarías en un curato de por aquí!

Y añadió:

— Mejor para el alma y mejor para el cuerpo.

La diligencia

Heme aquí en una diligencia, camino de Cambados. He podido hacer el viaje en tren hasta el Carril; pero el caso era me-

4. *Las Dominicales del Libre Pensamiento* fue un semanario republicano y liberal publicado entre 1883 y 1909. Durante su existencia sufrió continuos ataques y denuncias por parte de las autoridades y la Iglesia.

terse en una diligencia para luego quejarse de ella. Afortunadamente, el progreso no ha avanzado tanto que no haya aún por estos caminos algunas diligencias para los viajeros literarios o filosóficos.

Conmigo viajan una señora gorda, un cura, un propietario y un recaudador de contribuciones.

—Yo no quise ir en el tren —dice la señora gorda— porque la diligencia es más segura.

—Pues yo vengo en la diligencia porque me deja en la puerta de mi casa —dice el propietario.

El cura se explica así:

—La diligencia es más tranquila que el tren. A mí que no me hablen del tren más que para los viajes largos.

Y el recaudador manifiesta que su espíritu es incompatible con la puntualidad del tren.

—Nunca espera por uno. Luego, supóngase usted que se le ocurre cualquier cosa en el camino. Pues no puede usted bajarse y se tiene usted que fastidiar. Los maquinistas son mucho más orgullosos que los cocheros...

Queda reconocida la superioridad de la diligencia sobre el tren, por una razón de literatura, otra de seguridad, otra de egoísmo, otra de longitud y otra de amor propio. Así ha resultado de una minuciosa conferencia verificada en el camino de Cambados por una señora gorda, un sacerdote, un propietario, un recaudador de contribuciones y un periodista.

Pero en seguida todos nos ponemos a murmurar de la diligencia con el fútil pretexto de que la nuestra no anda nada. ¡Yo mismo protesto contra su lentitud, como si tuviese algo que hacer en Cambados! La señora gorda, que, aunque gorda, es sentimental, manifiesta una honda piedad por las mulas.

—¿Ustedes oyen lo que les dice el cochero a los animalitos? ¡Vaya un lenguaje!

El lenguaje, en efecto, no es muy parlamentario; pero acaso las mulas no entendieran por medio de eufemismos.

—¡Ay! —exclama la señora—. Las mulas también son de Dios. ¿No es verdad, señor cura?

—Todo es de Dios en el Universo —responde sentenciosamente el sacerdote.

Mientras tanto, la diligencia baila sobre los baches, entre la cascabelería de las mulas, hijas de Dios. ¿A quién se le habrá ocurrido la idea de rodear con collares de cascabeles los cuellos de las mulas de las diligencias? ¿No son los cascabeles instrumentos de alegría? Y la primera condición de la alegría ¿no es la libertad? El mayoral descarga su fusta sobre estos lomos esclavos, y, en el impulso del dolor, producen las mulas una alegre música de cascabeles. A veces, la punta del látigo se tiñe de sangre, y entonces los cascabeles suenan más ruidosos que nunca. El rumor de los cascabeles, una nube de polvo, las injurias del cochero y unos chicos que salen de las escuelas campesinas con la cartera bajo el brazo y la falda de la camisa mostrándose por la abertura del pantalón: he aquí el pintoresco acompañamiento de nuestra diligencia. A la hora de ir en ella, apenas si hemos hecho dos leguas de camino.

—¡Qué calma! —dice el propietario.

Un filósofo diría:

—¡Qué velocidad!

¿Para qué más prisa, en efecto? ¿Hay algo en el mundo que valga la pena de ir a buscarlo de prisa? Esta diligencia marcha camino de Cambados. Si fuera un filósofo en ella, ¿qué más le daría llegar a Cambados una hora antes que una hora después? Cada uno de los que vamos aquí —la señora gorda, el cura, el recaudador de contribuciones, el propietario y yo— podemos estar seguros de que el destino nos aguardará en Cambados pacientemente, tardemos lo que tardemos, y que allí hará entre nosotros su distribución de males y de bienes con arreglo a un designio anterior e inmutable.

En Cambados recobramos nuestro tedio o nuestra alegría, nuestro amor o nuestra infelicidad, nuestra estupidez o nuestro ingenio, según una providencia en la que nuestra prisa no puede ejercer el menor influjo. La fusta de este mayoral hará saltar la sangre sobre los lomos de las mulas; pero toda la sangre que en ellos brote será estéril para nosotros. No tengas prisa, mayoral. Baja del pescante ante la próxima taberna y dile a la hija del tabernero que te sirva un jarro del rojo vino de estas viñas. No os impacientéis, mulas de la diligencia. Sonad vuestros cascabeles, tan sólo para espanto de

las moscas, y creed que ni el pienso del pesebre ni el corazón de un caballo valen la pena de que se fatiguen unas mulas razonables, sobre todo cuando están uncidas a una diligencia.

¡La prisa! ¡La calma!... No hay dos palabras en las que se encierren conceptos más relativos.

Hubo un tiempo en que las diligencias corrían tanto que se las llamó seriamente «diligencias». ¡Dichoso tiempo en el que todos los deseos eran lentos y cercanos! ¡Quién tuviera su espíritu y un buen automóvil!

La escuela rural

El viejo maestro está orgulloso de mí. Ha oído decir que escribo bien y él lo considera como un triunfo.

— Ya, desde que eras muy pequeño, les dije a tus padres que llegarías a escribir bien. No había otro para la letra inglesa.

Pero también le han dicho que soy un poco hereje, y esto le disgusta.

— ¡Cuidado que yo hice todo lo posible por educarte como es debido! Pero el catecismo no te entró nunca en la cabeza.

Hoy he pasado por delante de la escuela, y el maestro me invitó a entrar.

— ¿No quieres recordar tus buenos tiempos?

¡Mis buenos tiempos! Al transponer el umbral me invadió una sensación retrospectiva de miedo y de angustia. Estuve por escaparme, lo que no le extrañaría gran cosa al amigo don Joaquín, ya que no sería la primera vez que lo hiciera. Pero me repuse al instante. Total, a mí no me iban a enseñar nada.

Habría unos cincuenta chicos escribiendo palotes en el papel Iturzaeta, sobre unas cuantas mesas largas, negras, horribles.

— Tú, Juanito — dijo repentinamente el maestro dirigiéndose a un chico —, ya *te se* ha caído un borrón.

Se fue hacia el chico y le dijo:

— Pon la mano.

Juanito alargó una mano llena de miedo y de tinta. Entonces el dómine empuñó el puntero y lo descargó con furia tres veces consecutivas sobre aquel remo criminal. Juanito prorrumpió en ayes desgarradores mientras sacaba la lengua y la pasaba sobre el borrón.

—Pero ¿no le hará daño esa tinta, don Joaquín?

—¡Quía! Para aprender a escribir es preciso tragar mucha.

Pero el muchacho no debía de tener grandes aspiraciones literarias, porque estuvo escupiendo tinta más de un cuarto de hora.

A mí todo aquello empezó a sentarme mal. No hay nada en los pueblos que me aflija tanto como las escuelas. Yo tengo de la escuela el recuerdo de un lugar de tortura adonde me enviaban mis padres para castigarme. Hay ciertas cosas que no se olvidan jamás, y yo nunca olvidaré que, siendo muy pequeño, hice un día no sé qué trastada en casa.

—A este chico —dijo mi padre— habrá que mandarlo a la escuela.

¡Cómo será la escuela cuando sirve de amenaza para los chicos! Las tres horas de por la mañana y las tres de por la tarde constituyen un verdadero suplicio. Los locales son imperfectos y pequeños. Las enfermedades de suciedad se hacen en ellos comunes a todos. Y al cabo de seis o siete años sale uno de allí sabiendo las cuatro reglas, escribir al dictado, los quebrados, las fábulas de Iriarte y el catecismo del padre Astete. Pero ¿qué importa el haber aprendido poco o mucho? Lo malo es que de la escuela se sale con un odio terrible al estudio.

—¡Qué diferencia —me dice el maestro— de ahora a cuando venías aquí! La verdad es que eras travieso.

Don Joaquín no me perdona una pequeña lección que yo le di un día. Tenía este don Joaquín la mala costumbre, cuando se nos caía algún borrón sobre el cuaderno, de darnos unos cogotazos espantosos. Una vez que le vi venir hacia mí con intención de castigarme, yo me llevé la mano a la nuca, como si lo hiciera por un movimiento instintivo, pero sin abandonar la pluma, que puse con la punta hacia fuera, como si fuese una lanza. Don Joaquín, sin fijarse, descargó la mano sobre mi pescuezo y lanzó un alarido terrible. Aquel día se

levantó la clase dos horas antes que de costumbre, y don Joaquín fue a enseñarle al médico una herida que manaba tinta.

—¿Te acuerdas? —me dice.

Luego me presenta a los alumnos más aventajados: dos grandullones a quienes ha conferido los títulos de inspector de clase e inspector de orden. Yo he disfrutado también de ambos cargos bajo la férula de don Joaquín. Eran honorarios, pero tenían lo que se llama «manos sucias». ¡Las inmoralidades que yo he cometido, dicho sea en el mejor sentido de la palabra, abusando de mi influencia! Yo era corruptible a cualquier precio, que lo mismo se me podía pagar en alfileres que en botones o en calcomanías.

Termina la clase, y los alumnos se ponen a cantar la tabla: «Dos por una es dos, dos por dos, cuatro, dos por tres, seis...». ¡Cinco, seis, siete años cantando siempre la misma estúpida canción! ¡Para qué se desarrolla la fantasía infantil!... Por fin se oye un coro formidable. «Diez por diez, cien». Y los chicos salen a la calle con la misma alegría con que pudieran salir de un presidio.